

Cuaresma 3C
Febrero, 28, 2016

Señor Jason Roberson, Seminarista

En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Muy buenos días a todos. Hoy es el tercer domingo de la Cuaresma. Recordamos que la Cuaresma es la temporada de los cuarenta días antes de la muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo. Es la temporada durante el año cuando nosotros, los cristianos, recordamos que somos frágiles. Somos muy frágiles como recordamos el Miércoles de Ceniza – somos polvo, al polvo volveremos. Algún día cada uno de nosotros sabemos que esta vida se acaba. Es la fragilidad del cuerpo humano – el cuerpo que Dios ha creado y que Dios nos ha dado, como regalo en esta vida.

Ese regalo viene junto con esa fragilidad del cuerpo humano – el regalo de Dios es que los humanos somos capaces de hacer cosas que ninguna otra criatura puede hacer en todo el universo. Pensamos, usamos el cerebro de una manera maravillosa, para pensar, para crear, para amar. Creamos arte, creamos literatura y música, usamos nuestras mentes para la razón y la lógica que es la ciencia, la medicina, y la tecnología. Cantamos, bailamos, vivimos la vida con pasión y con amor... amor para la familia, amor para el vecino, y amor para Dios.

En enero, como algunos de ustedes ya saben, fui con un grupo de seminaristas a la Tierra Santa. Fue un curso de estudios de 2 semanas en Jerusalén, y tuvimos la oportunidad de visitar muchas de las ciudades y los sitios santos donde Jesús vivió y llevó a cabo su ministerio. Visitamos lugares como el Santo Sepulcro, la Via Dolorosa, la Iglesia de la Anunciación, el Monte de la Transfiguración, la Tumba de Lázaro, el Mar de Galilea, el Mar Muerto, el Jardín de Getsemaní, el Monte de los Olivos, y también las ciudades de Nazarét y Belén. Fue un viaje inolvidable que creo que me cambiará la vida para siempre. Estoy muy agradecido por haber tenido esta oportunidad única y maravillosa.

Un día pasamos toda la tarde en la ciudad de Belén, y visitamos la iglesia donde se conmemora el nacimiento de Jesús. Hoy en día se encuentra en este sitio santo la Basílica de la Natividad, una de las iglesias más antiguas en todo el mundo, construída en el año 565. La tradición de este sitio santo nos cuenta que la Basílica está construída encima de la gruta donde se encontraba el establo y el pesebre donde la Virgen María dió a luz al niño Jesús.

La Basílica de la Natividad es una iglesia que pertenece hoy en día a tres grupos cristianos distintos – la Iglesia Católica, la Iglesia Ortodoxa Griega, y la Iglesia Apóstolica de Armenia. Todos los días se celebran múltiples misas en varias lenguas distintas y en varias capillas de la Basílica. Con tantos grupos religiosos junto con miles de visitas diarias de turistas y peregrinos, a veces el ambiente dentro de la Basílica puede ser ruidoso y quizás agobiante.

Al entrar en la Basílica, todos nosotros pasamos una hora, mas o menos, viendo la arquitectura, las diferentes capillas, y el altar mayor. Después había una fila larga para bajar a la gruta del nacimiento. Cuando bajamos la escalera estrecha, ya me sentía un poco agobiado porque la gruta pequeña estaba muy llena de gente, y casi no se podía caminar. Ya me sentía que quería salir de allí, antes de ver incluso

el lugar del nacimiento. Pero después de seguir un poco más al fondo de la gruta, entre tanta gente y tanto codazo que me daba, por fin lo vi. La Estrella de Belén – una estrella grande en el suelo, brillante, y elaborada con plata – la estrella que marca el lugar donde, desde hace más de 2 mil años, se dice que Jesús nació. La gente se arrodillaba, uno por uno, para besar la estrella y para rezar. Yo también me arrodillé, besé la estrella, me paré de nuevo, y decidí quedarme unos minutos más viendo a las demás personas que veneraban la estrella. De pronto, me pasó algo que quizás fue el momento más significativo y conmovedora de todo el viaje a la Tierra Santa. Llegó una muchacha, una mujer joven, cargando en sus brazos a un bebé recién nacido – no habría tenido más de diez días de edad. La muchacha se arrodilló y puso al bebé justo en el centro de la estrella. Se hizo el símbolo de la Cruz, besó a su bebé en la frente, y empezó a rezar. Sus rezos eran inaudibles, pero los podemos imaginar. Que Dios lo cuide, que Dios lo proteja, que Dios lo bendiga y que more con él durante todos los días de su vida.

Hermanas y hermanos, esa es la fragilidad del ser humano – igual que esta muchacha se le entregaba a su bebé al cuidado de Dios, nosotros también nos entregamos. Nos entregamos al cuidado de Dios en el día de nuestro Bautismo y Dios morará con nosotros durante toda la vida, en los tiempos de alegría, de amor, y de amistad, y también en los tiempos de dificultad, de enfermedad, y de tristeza – Dios está con nosotros. Jesús afirma que estas calamidades no son acciones de Dios, sino que pertenecen a la naturaleza del ser humano y de la creación. Que bueno es recordar esto durante esta temporada de Cuaresma, cuando nos damos cuenta de nuestra fragilidad, nuestros errores, y nuestras ofensas.

En la lectura del Evangelio de hoy, Jesús cuenta la Parábola de la Higuera Sin Fruto. Esta parábola también nos recuerda que somos frágiles en este mundo, que somos polvo, y al polvo volveremos. El dueño del terreno quiere cortar el árbol porque durante tres años seguidos no da higos. Pero el jardinero le convence que le dé un año más, una oportunidad más, para dar fruto, para producir. Yo creo que nosotros somos la higuera, y Dios es el jardinero. Sabemos que es imposible que nosotros protejamos a nuestros familiares y a nuestros seres queridos de los todos los peligros de la vida – los accidentes, las enfermedades, la violencia. Pero Dios si nos da oportunidad tras otra oportunidad, nos da año tras otro año de vida, y sentimos su presencia y la presencia de Jesucristo en nuestras vidas en los momentos más difíciles, cuando más lo necesitamos.

La Parábola de la Higuera nos recuerda que hay que ser agradecidos – hay que dar las gracias todos los días por otro año de vida. La Parábola de la Higuera es un reto para todos nosotros, para vivir cada día como un regalo de Dios. Así que durante estas semanas que nos quedan de la Cuaresma, esperando la Semana Santa y la Pasión, la Muerte, y la Resurrección de nuestro Salvador, rezo que Dios nos haga aún más conscientes de su presencia y aún más agradecidos por la maravilla que es la vida humana. Amén.